dos meses de prolijas gestiones, tuvo el gusto de poner la primera piedra del cimiento, en una reunión celebrada en el teatro Principal de Cádiz el día 25 de febrero de 1872, á que asistieron más de 600 contribuyentes asociados que se adhirieron á las bases, aprobaron el reglamento y designaron la junta directiva cuya presidencia le fué conferida.

Notoria es la perseverancia con que continuó sus trabajos para organizar y dar ensanche á la propaganda de tan fecundo pensamiento, que fué aceptado con entusiasmo en todos los ámbitos de la nación. A despecho de la ruda oposición encubierta y solapada de algunos espíritus malévolos y envidiosos que subrepticiamente le combatían atribuyéndole móviles impropios de su rectitud y desinterés, continuó sin tregua ni descanso la obra que había comenzado, siendo coronados satisfactoriamente sus nobles esfuerzos con la adhesión de casi todas las capitales de provincia y muchos pueblos de importancia que vinieron á dar fuerza á la idea constituyendo su liga respectiva.

El aliento que en su espíritu infundió semejantes triunfos le indujeron á contar las fuerzas, y al efecto convocó las conferencias que se celebraron en Córdoba los días 15, 16 y 17 de abril de 1875, á las que asistieron delegados de las constituídas y algunas sociedades análogas, reinando en ellas la más completa unidad de miras, y retirándose los que á ellas asistieron, animados del espíritu que les infundió para que ejerciesen las funciones de apóstoles de esta nueva idea, que dijo estaba llamada á redimir el país de los "pecados de la indolencia y pesimismo que es peculiar á nuestra raza y la causa determinante de los males que experimenta."

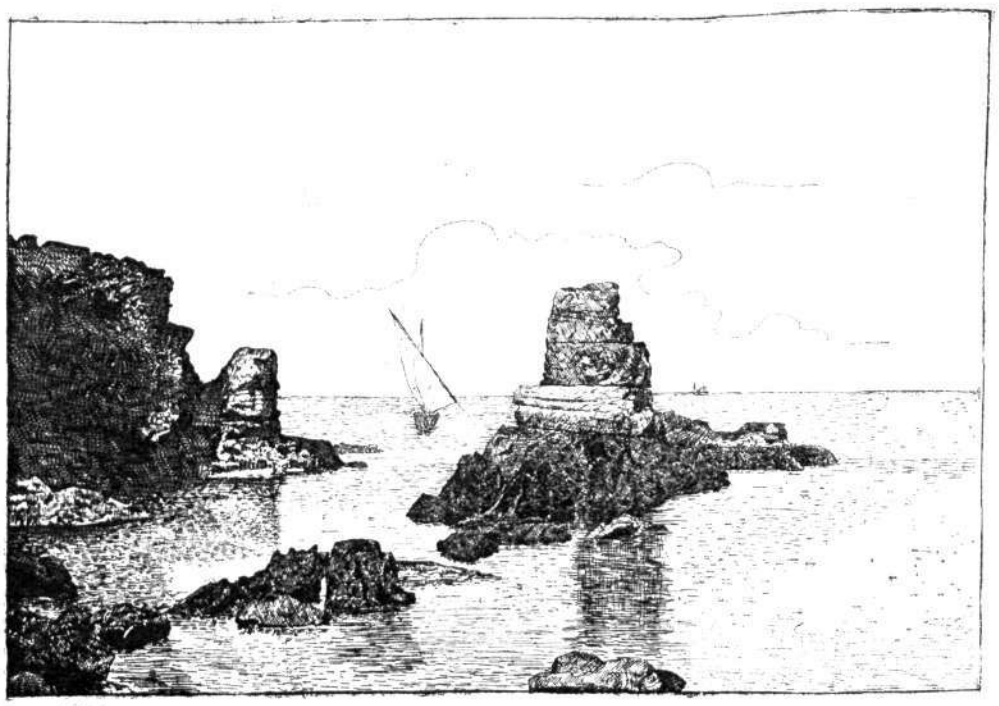
Continuó sin interrupción la senda que había trazado, atrayendo cada vez más prosélitos, y al objeto de sumar las fuerzas é infundir alientos en el ánimo de los neófitos, convocó la reunión de una asamblea general para el día 20 de septiembre de 1878, en Toledo, pero apenas tuvo el gobierno noticia de ese proyecto trató de impedir su realización, alcanzándolo en suma. Trastornado así el propósito desistió de la idea y convocó después otra asamblea que se reunió en Madrid los días 27, 28, 29, 30 y 31 de octubre de 1879, á las que asistieron los presidentes y delegados de casi todas las ligas y sociedades análogas. En esos importantes actos que revistieron altísima importancia se le confirió la dirección de *La Liga Nacional,* dándole facultades omnímodas para resolver cuantos asuntos se relacionasen con la organización de este nuevo organismo creado por la iniciativa particular.

Manifestó allí que era superior á sus fuerzas el cargo que se le había conferido; pero obligado á ello procedió á desempeñar tan arduo cometido, con la abnegación que es peculiar á todos los que trabajan de buena fe y desinteresadamente, preparando el terreno para que el pensamiento se ensanchase de manera que llegase á ser una institución nacional.

Al efecto convocó la reunión de otra nueva asamblea general que se celebró en Madrid en el palacio llamado Casa de los Lujanes, plaza de la Villa, en los días 15, 16, 17 y 18 de octubre de 1882, á que asistieron representantes de muchas ligas y sociedades análogas, en que se discutieron temas y acordaron conclusiones que se sometieron á los altos poderes de la nación.

En esa asamblea declinó la dirección de *La Liga,* proponiendo al señor marqués de Riscal para que lo sustituyese con facultad de designar cuatro individuos más, que con él formasen el directorio de *La Liga Nacional de Contribuyentes,* quedando así acordado, así como el que se le declarase á perpetuidad director honorario de *La Liga Nacional* de que ha sido fundador.

Hasta aquí el compendio brevísimo de la historia de esa institución, cuyos cimientos dejó sólidamente establecidos al declinar la dirección, sin que haya recogido por recompensa de tan asiduos trabajos más justas recompensas que el placer que le proporcionaba verse rodeado de sus amigos, afectos á la idea, en compensación de los sinsabores y dispendios que le ocasionó, dar vida á un pensamiento que ha tomado arraigo en el país y está llamado á proporcionarle días de felicidad.



ES ESCUYS DE MESQUIDA (COSTA NORTE DE MENORCA)

(Dibujo de J. Molinas, según fotografía de D. F. Segui)

¡NUEVA PRIMAVERA!

¡Primavera! ¡Cuán divina
á mis pupilas absortas
te presentas adornada
de tus más preciadas joyas
como á su amante la virgen
en la noche de sus bodas!
No sé si habrán sido siempre
tus flores tan olorosas,
tus pájaros tan canoros,
tan fulgentes tus auroras,
tan límpidos tus celajes,
tan bellas tus mariposas,
tus noches tan estrelladas
y tan espesas tus frondas,
¡mas nunca me pareciste
tan ideal como ahora!
Yo no sé si es realidad
ó que mi mente lo forja,
pero lo cierto es que miro
tus arroyos con más ondas,
tus flores con más perfumes,
tus aves más melodiosas,
tus mariposas más bellas,
tus auras más seductoras,
¡con más fulgores tus días!
¡tus noches, con menos sombras!
Ignoro si esto que juzgo
mirar en tus partes todas,
es debido á que tú seas
mucho mejor que las otras,
ó porque ayer trascurría
mi pobre existencia á solas
con la mayor desventura
y con mis ansias de gloria,
¡como el humo de fugaces,
y como el aire, de locas!
mientras que hoy paso la vida
en pláticas amorosas
con una virgen de quince
que tiene coral, por boca;
dos luceros, por pupilas;
por mejillas, amapolas;
nieve, por seno y por hombros;
por voz, cánticos de alondra,
y por cabellos y pestañas
los destellos de la aurora.
Tal vez en esto consista
el hallarte más hermosa,
pues he preguntado á muchos
si eras mejor que las otras,
y todos me han contestado
entre sonrisas irónicas,
"¡que me faltaba un sentido
porque no había tal cosa,
pues todas las primaveras
de iguales encantos gozan!"
Y sin embargo, yo creo
que eres más encantadora...
¡Primavera! ¡Desde que amo
me pareces más hermosa!

ANTONIO R. LÓPEZ

DE LA CIBELES Á LAS VENTAS

Después de haber permanecido en el lecho, como en apacible remanso, hasta el mediodía; dispuesto el ánimo á un rato de esparcimiento, y puesta la idea en buscar asunto propio para un cuadro, echéme de la cama á punto de las doce, alegre como unas sonajas; atiforré bien de alimentos el estómago (que éste es punto principal), afiancé los pertrechos de buen humor á mi persona y lancéme á dar un paseo á las Ventas de Madrid, sitio de lo más *pintoresco* que puede verse, partiendo del supuesto que la villa del oso anda mal en punto á paisajes, pues apenas si reune una regular vegetación, formada entre árboles de crecimiento propio y otros criados *á mano.*

Empero, á falta de pan buenas son tortas, y como de antemano ya contaba yo con el hueso, que no con la tajada, púseme en marcha de contado, di un adiós á la marmórea Cibeles que guía su carro sobre el agua, pasé bajo el arco de Carlos III, fundador de otros ornamentos de piedra de Madrid, y me enderecé hacia la plaza de toros, que á buen trecho de la población luce su arquitectura árabe.

Puesto ya en la carretera salieron á mi encuentro, de un lado, la verja del Retiro, por donde, prisioneros, asoman los tallos de las plantas, y del otro, porción de casas de severo aspecto y construcción sólida.

Iba complaciéndome en recibir los rayos del sol de invierno y empezaban mis ojos á perder el reposo dentro de las órbitas, pues gira que

© Biblioteca Nacional de España

gira no hallaban cosa de gran cuenta con que tropezar; y pronto distinguí, orlando el camino, tenduchos y tabernas, las unas con sus rótulos sobre el dintel, que pregonaban *callos y caracoles,* y los otros con sus adornos de papel picado en el techo.

En las mesas, fuera colocadas, cuando no mascaban la guifa algunos soldados, esta ó aquella familia bebía, alborozada, el agrio Valdepeñas en manoseadas copas, alternando los tragos con bocado de pan y cucharada de paella, en tanto que la castañera, situada al borde del camino, unía á su cháchara gárrula y distraída el movimiento del soplillo, ó bien volteaba el fruto dentro de la olla, terminando siempre su cantata con el animado estribillo de: *¡tiernas que se pelan; calentitas, cuántas!*

Fueron quedando atrás árboles y caseríos, y á poco extendióse á la vista un campo inmenso salpicado de tal ó cual cosa, por donde los ojos recorrían desembarazadamente el horizonte.

El sol caía, oblicuo, sobre el paisaje, y los tranvías venían atestados de gente, dejando oir su monótono ruido al deslizarse sobre los rails, que limpiaba algún empleado metiendo la férrea paleta en la hendidura y dejándola resbalar por la vía. Distantes de la plaza de toros elevábanse hoteles y fábricas, éstas con sus grandes rótulos en los muros, su molino de viento y su penacho de humo, y aquéllos con su verja pintada y sus acristalados balcones. Más al fondo divisábanse los edificios cercanos al barrio de la Concepcion, también con molinos de viento en las alturas, y detrás de una ondulación del terreno vióse aparecer de pronto el pintoresco cuadro de las Ventas, sumido en una hondonada, con su viejo puente de piedra en el centro, sus casetas cubiertas de banderines, y su riachuelo que divide la pintura, formando contorsiones y culebreos.

En reducido terreno agrupábanse los salones para *el baile;* las mozas de servicio y los soldados trabábanse en la *ejecución* de una jota, plañida por una gaita, que arrastraba á su son vistoso círculo de parejas, las cuales volvíanse en la danza para chocar con arte las caderas. Por su parte, el *tío vivo* movía el violento torbellino de sus caballos galopadores, conduciendo á un alborotado enjambre de muchachos.

Atravesó en esto un entierro por medio del cuadro. Aquella nota lúgubre, aquella *baja* en la vida, llenó mi alma de melancólicos recuerdos.

Declinaba la tarde. Un fresco penetrante y sutil estremecía los gallardetes, arremolinados en una dirección; la yerba húmeda de las orillas del camino mostraba su escarchada blancura, parecida á esmalte de clorato; carros de ruedas quejumbrosas subían la pendiente de la carretera, alternando con rápidos coches y gente que asaltaba los tranvías ansiosa de regreso; los árboles alzaban sus ramas, como manos huesosas, invocando el crepúsculo, y éste se extendía con gradación lenta y angustiosa, ajando los colores y desvaneciendo los objetos. Hacia el ocaso, una nube tomaba todas las formas imaginables, desde la de un inmenso moro á caballo, revuelto en su alquicel, hasta una sierra africana con tonos de alumbre calcinado.

Cuando iban borrándose las figuras del cuadro, ya el gas dejaba de trecho en trecho por las calles de Madrid su huella luminosa, y los focos eléctricos, encerrados en las bombas de cristal, vibraban sus manojos de impalpables espadas, acuchillando con violencia las sombras.

SALVADOR RUEDA

SAN CARLOS

(A MI BUEN AMIGO EL SEÑOR DON ALFREDO OPISSO)

—¿Por qué no me das un beso, Pepe mío?

—Porque estoy seguro de que me mancharía si te lo diera.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—¿Te has ofendido?... Pues bien: me explicaré.

. . . . . .

Ya sabes, Julia, que ayer encontré en la Puerta del Sol á mi antiguo compañero de colegio Luis Femural, que ahora estudia primer año de medicina, con bastante aprovechamiento, según me dijo. Por otra parte, lo mismo aseguraba hace tres años *bajo palabra de honor*...Yo creo que ha perdido éste hace mucho tiempo.

Como nada teníamos que hacer, pues creo también que la dichosa Puerta del Sol es el mar en que navegan los que no tienen rumbo fijo, Luis me propuso que le acompañara á San Carlos y vería de paso la sala de disección.

LA CATEDRAL DE SALAMANCA

Varias veces le había indicado que tenía muchas ganas de ello, por lo cual acepté gustoso aquella invitación tan de mi agrado.

Subimos á un tranvía, que nos condujo hasta la misma puerta del famoso Colegio.

Durante el trayecto no cruzamos una sola palabra. Luis quizá fuera pensando cómo se las arreglaría para estudiar por cuarta vez el primer año de la carrera que tan gloriosamente había emprendido. Yo estaba un si es no es emocionado, porque tenía muy malas noticias de la primera impresión que produce aquel *estudio,* en que los futuros médicos hacen con los muertos lo que más tarde no vacilan en hacer con los vivos.

Después de penetrar en el edificio y cruzar algunos corredores, oscuros y sombríos como los claustros de un convento, entramos en la sala de disección. Confieso, Julia, que tengo un estómago á prueba de bomba, y que así lo demostré en aquella ocasión memorable. El cuerpo tiende siempre á dominar al espíritu; pero entonces el alma se rebeló contra la impasibilidad de la materia... Es doloroso, muy doloroso, Julia mía, ver aquellos cadáveres despedazados impíamente por el bisturí de cuatro neófitos aprendices de Esculapio; y es aún más triste pensar que están allí porque nadie recogió su último aliento, ni hubo un alma caritativa que les diera sepultura, ni unos ojos que derramaran lágrimas en su agonía, ni unos labios que murmurasen una plegaria después de su muerte.

Repito que tengo un estómago verdaderamente privilegiado, y que no sentí náuseas al ver aquellos montones de carne hecha trizas; pero sí un nudo en la garganta y una congoja, que no me dejaban respirar, y un torrente de lágrimas que pugnaba por romper los diques en que les encerrara la necia vanidad del hombre que no quería pasar por niño ante aquellos tablajeros de carne humana. ¡Necios!... ¡Confunden la sensibilidad con la *sensiblería!*

Por otra parte, aquella atmósfera saturada de vapores desinfectantes me aturdía; quise respirar libremente; salí de la sala; bajé cuatro ó cinco escalones... y ¡ay! sentí un dolor agudo en el pecho, como si Luis, ó cualquier otro bárbaro de aquellos me lo hubiese atravesado con una lanceta. Sufrí una especie de vértigo, y hubiera caído al suelo á no recordar en donde estaba y que debía aparecer sereno ante aquellos jóvenes de esforzado corazón... y estómago invulnerable.

Tú que me conoces, Julia, ya sabes que mi organismo es un manojo de nervios, siempre excitables y excitados: así comprenderás perfectamente el estado en que me hallaba. Miré al objeto que me había impresionado de tal modo, y un nuevo amago de vértigo me hizo vacilar... y caer sobre la mesa que tenía delante... Sentí un frío mortal y un sacudimiento espantoso... Mi rostro debía de estar horrible... Entonces creí que me acechaban y se reían de mí; volví la cabeza, y no había nadie. Vino la reacción, y logré serenarme, á lo menos en apariencia... Yo no sé cómo pasó aquello: lo cierto es que me atreví á mirar frente al objeto cuya visión me había espantado momentos antes.

Era el cadáver de una hermosa joven á quien yo había conocido y tratado muy á fondo en varias de las expediciones que hice por esas calles en que el vicio busca la sombra de día para aprovechar la luz por la noche. Su rostro era bello aún; y, sin embargo, ¡cómo había cambiado en tan poco tiempo!.. Sus formas... ¡ah! nadie podría reconocerlas. Ya no tenían la convexidad lasciva que distingue á las de la mujer de las del hombre, en el cual las líneas tienden hacia la recta: aquellos contornos habían perdido sus inflexiones y sinuosidades, para adquirir la dura rigidez que imprime la muerte á todas sus obras... Además, aquel busto carecía de los dos principales atractivos que tuvo en vida: los ojos, cerrados por la muerte misma, ó á lo más por manos indiferentes si no mercenarias, y el cabello, cortado sacrílegamente por un mozo de la Facultad, y vendido por éste á un peluquero á quien servía de primera materia para su industria... ¡Cruel sarcasmo! El pelo de los muertos trasformado en *añadidos* del de los vivos.

Estaba yo, Julia de mi alma, pensando en esto mismo que te digo ahora, cuando Luis, que ya había terminado la *preparación* que tenía entre manos, me gritó desde la puerta del "Anfiteatro", como allí le llaman:—Chico,

© Biblioteca Nacional de España